

Reivindicación burgalesa de Alonso de Ojeda, famoso conquistador y colonizador del Nuevo Mundo

Invitado por el Sr. Cura Párroco del pueblo de Quintanaopio, en la provincia de Burgos, para hacer una visita a aquella localidad y otra cercana, de su servidumbre, llamada Ojeda, hube de organizar una excursión para ir en compañía de mi querido amigo, el Cronista de la Provincia, Don Luciano Huidobro.

Una vez allí, pudimos admirar las bellezas del paisaje, la frondosidad de sus huertos exuberantes en frutales y la benignidad de su clima.

Al llegar un poco más allá, al pueblo de Ojeda, y mostrarnos una torre, como resto de la casa solariega que allí poseyó la noble familia de idéntico apellido, tuvo dicho señor la feliz ocurrencia de dirigirse a mí para indicarme que debiera ocuparme de ella por estar vinculada al origen de dicho apellido y porque era versión unánime y tradicional en aquellos contornos, la de que allí había nacido Alonso de Ojeda, famoso fundador de Venezuela.

Tal fué el inicio de mi investigación, cuyos resultados, realmente estimables, en pro de la reivindicación de esta indiscutible gloria burgalesa, trato de dar a conocer a través de estas páginas.

PARTE PRIMERA

Quisiera yo traer aquí a relato, amena y llanamente, los episodios culminantes de la vida del más brillante de los primitivos fundadores del Nuevo Mundo, avalando mis palabras con los relatos de algunos de sus historiadores, tomados de autores tan autorizados como son: Fray Bartolomé de las Casas, José Mallorquí Figuerola, Rodolfo Cronau, Ricardo Majó Frami, Vicente Blasco Ibáñez, Juan Palau Vera, Carlos F. Lummi, Enrique Kucera, Ignacio B. Anzoategui, Carlos Pereira, Editorial Ramón Sopena, Octavio Méndez Pereira, Francisco López de Gómara, F. A. Kirkpatrick, Washington Irving, Tomás Rodríguez Pina, M. Alonso de Lamartine y Manuel Serrano y Sanz.

Muchas de estas obras, agotadas ya, me fueron asequibles, gracias

a la amable atención de D. Godofredo Alonso, celoso y paciente bibliotecario de nuestro Salón de Recreo. Quiero presentarle aquí mi gratitud, en reconocimiento a su diligencia y amabilidades.

Y voy a comenzar la iniciación de mi tema diciendo, que Alonso de Ojeda, fué hijo de una familia noble, residente en el lugar de Ojeda, provincia de Burgos, donde tenía su casa solariega. Se educó dentro de los más severos principios cristianos, y fué siempre un ferviente devoto de la Virgen María. Aquella instrucción distinguida, prevalece y se destaca durante toda su vida, mostrando en la rectitud de sus costumbres un gran amor al prójimo y una excesiva generosidad que le lleva a la estrechez, viviendo querido y admirado, pero muriendo pobre y solitario.

Gracias a las declaraciones para un expediente de nobleza, que nos ha dejado uno de sus familiares, y a las noticias que nos dan sus historiadores, vamos a poder seguir sus primeros pasos, y saber, que no llamándole la atención la vida religiosa de su primo, de igual nombre, fray Alonso de Ojeda, sale de su casa solariega para ir por fueros de su clara estirpe, a la del duque de Medinaceli y comenzar allí su carrera militar, atraído acaso por sus hidalgas prerrogativas, que le daban derecho a sentar plaza de capitán, en el caso de ir a la guerra.

Educado en calidad de paje bajo el patrocinio de Don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, señor feudal del Puerto de Santa María, que era uno de los capitanes, que mayor número de fuerzas mandaba, tuvo ocasión Alonso de Ojeda de luchar a su lado y adiestrarse en el manejo de las armas. En aquella casa aprendió cuáles eran los ángulos y recodos y los oscuros y dilatados pasadizos del vivir cortesano y allí se hizo un justador y gimnasta, y fué catalogando experiencias, apresuradas y prematuras, cuando apenas contaba los 18 años.

De estatura pequeña, pero muy bien proporcionado y de ojos muy grandes, poseía una fuerza y una actividad maravillosas. Siempre era el primero que desafiaba el peligro, y durante la memorable conquista de Granada hizo tales proezas que, a pesar de sus pocos años, gozaba ya de gran reputación. Si a esto se añade su arrogante figura, la pureza de sus facciones y la franqueza de su carácter, se comprenderá el gran partido que tenía, no sólo entre los hombres, sino entre las más ilustres damas de la corte.

Dió una muestra más de su arrojo, cuando se encaramó al madero de unas obras que sobresalían por encima de veinte pies en uno de los ventanales más altos de la Giralda, a la vista de la Reina Doña Isabel, sus damas y cortesanos. Antes de que pudieran contenerle, ya se hallaba encaramado en lo alto de la viga, y estando allí, levantó un pie y

girando sobre el otro, se volvió a la torre con la misma desenvoltura que si fuese por pavimento llano, y lo hizo, sólomente, por complacer a los ojos de la Reina y por merecer una sonrisa suya.

A juzgar por los escritos de un autor inglés, lector de español en la Universidad de Cambridge, cuyo nombre ya se ha mencionado, el Duque de Medinaceli, que era hombre de fortuna y autoridad principesca, había alojado a Colón cerca de un año en su propia casa. De aquí parece desprenderse la afición que mostró Alonso de Ojeda a las empresas marítimas, y que se decidiera a acompañarle en su segunda expedición a América.

Al organizar Cristóbal Colón su segunda travesía, en una escala mucho mayor que la primera, embarcaron con él su hermano y sus dos hijos y gran número de caballeros pertenecientes a las más nobles familias, de entre los que sobresalían Alonso de Ojeda, Velázquez, Esquivel y Ponce de León. En aquella primera ocasión que se hacía a la mar Alonso de Ojeda, le fué confiado el mando de uno de los 17 barcos que componían la expedición colombina. Por encargo del Almirante, tuvo que desembarcar varias veces Alonso de Ojeda para combatir a los indígenas bravos. En estas ocasiones, cuando regresaba al barco, todos sus compañeros le escuchaban las emocionantes descripciones que hacía de sus visitas a las chozas de los antropófagos, donde solía encontrar cadáveres descuartizados asándose al fuego, y otros colgados de los techos para curarse y convertirlos en cocina.

Siguió navegando Colón hacia occidente, llegando al anochecer del día 27 de noviembre frente al puerto de la Navidad, encontrando incendiado el fuerte que había dejado guarnecido en el primer viaje, y sin ningún superviviente. Colón muy afligido, pero tratando de disimular su pesar, procedió a la ocupación inmediata del lugar y a trazar el plan de una ciudad, a la que llamó la Isabela.

A principios de enero de 1494, encargó Colón a Alonso de Ojeda, que fuese a explorar las montañas de Cibao al frente de una pequeña fuerza de gente bien armada, por ser allí donde decían los indios que se hallaban las minas de oro. Las dos primeras jornadas fueron muy penosas, pero al atardecer del tercer día acamparon en la meseta de una elevada sierra. Allí vieron salir el sol a la madrugada siguiente, derramando su incomparable luz por una deliciosa llanura cubierta de bellas florestas y aldeas y enriquecida por las plateadas aguas del río Yaquí. Bajando al llano por entre los lugares indios, encontraron gran hospitalidad entre sus habitantes, todos desnudos. Tuvieron que vadear muchos ríos antes de llegar al fin de la llanura, tardando cinco o seis días más en alcanzar las sierras de las regiones de Cibao. En las

arenas de la montaña relumbraban las partículas de oro, que los indios separaban con destreza y entregaban liberalmente a los españoles. Encontraron también piedras jaspeadas con ricas venas de oro; pedazos de oro virgen en los lechos de los torrentes, y Ojeda halló uno que pesaba nueve onzas. Como el objeto de la expedición no era otro que examinar la naturaleza del país, volvió la comitiva al punto de partida, haciendo mil entusiastas descripciones de la dorada promisión de las montañas.

En la Isabela se vieron frecuentemente atacados los españoles por las fuerzas que capitaneaba el cacique Caonabó, y solo, gracias a las precauciones de Alonso de Ojeda y a sus incursiones en terreno enemigo se conseguía alejar a los rebeldes. El fuerte de Santo Tomás que allí se erigió, había estado en un principio a cargo de Tamarit, pero hubo de encomendársele Colón a Alonso de Ojeda en previsión de un nuevo asalto. El Caballero de la Virgen que continuamente la invoca y Ella le protege, parece que recibe la profecía de un inminente peligro, porque permanece alerta con todos sus hombres en guardia para recibir aquella misma noche, y por primera vez en la oscuridad, un feroz ataque de Caonabó con más de diez mil guerreros, a los que hace huir atemorizados con los relámpagos y mortíferos truenos de un falconete y varios arcabuces.

Colón, que reconoce las extraordinarias dotes militares de su capitán Ojeda, le expone sus preocupaciones por la resistencia salvaje de Caonabó, y los deseos que tiene de apoderarse de él, vivo o muerto, para restablecer la paz. El intrépido capitán, que siempre confía en la milagrosa protección de la Virgen, traza sus planes durante la noche y parte al día siguiente con otros diez jinetes, llevando consigo a la Virgen colgada del arzón de su silla de montar. El belicoso cacique les deja llegar y parlamenta con ellos aceptando la invitación que le hace Alonso de Ojeda para ir a la Isabela donde le espera el jefe blanco con regalos y para entablar negociaciones de paz. Al cabo de unos días de preparativos emprenden el regreso escoltados por varios miles de hombres armados. En ocasión propicia, muestra Ojeda a Caonabó las esposas brillantes que, a modo de pulseras, luce en sus muñecas y ofrece entregárselas, y tan bién montarle en su propio caballo, si previamente accede a purificarse bañándose en un río cercano. Caonabó, sugestionado por la proposición de Ojeda, se llega al río, acompañado solamente de los hombres más íntimos de su cortejo, y se baña, según lo convenido. Entonces Ojeda manda a los suyos que le monten en su caballo y que le pongan las esposas. Es el momento previsto por el audaz capitán para hacer que le aten a su propio cuerpo y emprender

veloz carrera, seguido de los demás jinetes que le han acompañado en la peligrosa aventura. Cuando llegan, al fin triunfantes a la Isabela, después de largo viaje, hambre, cansancio y penalidades, Colón se muestra asombrado de la hazaña, y reconoce la heroicidad de su valeroso capitán.

Y Caonabó, ya prisionero, sólo reconoce a Ojeda, y no a Colón, como digno de su saludo.

Alonso de Ojeda permaneció en la Isla hasta fines del año 1498. Los tres últimos años había transcurrido algo desligado y emancipado de Colón, porque advertía en él un alma inestable y demasiado ocupado en visiones sobrenaturales.

A principios del año 1499 ya estaba nuestro héroe de vuelta en España cuando llegaron las noticias del descubrimiento por Colón de la costa de Paria, es decir, el Continente, la tierra firme. Seguidamente se fué a ver al obispo Don Juan Rodríguez de Fonseca, para que le mostrase la carta geográfica con los trazos de los perfiles de la costa de Paria, que había mandado Colón.

Alentado por aquel prelado que era el máximo gobernador y real consejero en asuntos de Indias, concibe Ojeda la idea de volver a navegar y emprender un viaje por su propia cuenta. Fué el mismo Fonseca quien negoció el dinero para la empresa, quien proveyó de avituallamiento a las naves y quien, antes, halló las naves que Ojeda necesitaba. Mientras tanto, el hidalgo, se había ido al Puerto de Santa María, la villa de su antiguo señor, el duque de Medinaceli, donde se encontró con su antiguo compañero de expedición, el famoso cosmógrafo Juan de la Cosa, que había ido en el primer viaje de Colón como propietario de la nao Santa María, y como cartógrafo y piloto mayor y hombre de consejo en su segundo viaje. Alonso de Ojeda comprende que es precisamente Juan de la Cosa el hombre que necesita para dirigir su proyectada navegación, y le hace proposiciones para ir juntos a la busca del oro y las riquezas. Llevan consigo a otro piloto que dice entender de cosmografía, que sabe de grados y de meridianos y de consultar a las estrellas. Este hombre, que ha sabido congraciarse con Ojeda y con la Cosa, se llama Américo Vespucio. Ojeda se hace a la mar con cuatro bajeles en la madrugada del día 20 de mayo de 1499; hace escala en las Canarias, y al cabo de 24 días llega a la costa de la América meridional, el Brasil de ahora, las Guayanas y Venezuela.

Era ya mediados del mes de agosto cuando, remontando el cabo de San Román, entró el bravo navegante con su propia flota en un ancho golfo, donde había una ciudad de bohíos sobre espigones instalados en la playa. Al verla Juan de la Cosa, dijo que parecía una pequeña

Venecia sin palacios ni piedras blancas, a lo que contestó Ojeda: «si como Venecia es y una pequeña Venecia, a mi fe que la llamaré Venezuela». Pronto pudieron ponerse en contacto con aquellos pacíficos indios y saber que aquel paraje y ciudad eran llamados Coquibacoa. Navegando más hacia el sur, penetraron el 24 de agosto en el lago y puerto, que denominaron de San Bartolomé. Bajaron a tierra y vieron muy esforzados hombres y perfectas y muy bellas mujeres con los que se dieron a comerciar trocando cuentas de vidrio y cascabeles por perlas y otros rescates, pero sin encontrar oro. Reconocida la costa occidental de Maracaibo, doblado el cabo de Coquibacoa, fueron navegando hasta el cabo de la Vela, donde terminó la primera navegación del Continente austral de Alonso Ojeda, en el día 30 de agosto de 1499, porque, según se dice, ya había encontrado la tierra que buscaba y le urgía volver a España para arreglar con los Reyes y con Fonseca las estipulaciones y privilegios de su futuro gobierno, en su gran ilusión de fundar, reinar y construir. Llegaron a Jáquimo en la Española, el día 5 de septiembre con propósito de cargar brasil, porque el viaje, aparte de algunas perlas, había sido poco provechoso en bienes materiales. Allí se encontró Ojeda con Roldán, que había sido antiguo juez de Colón, quien le entretuvo en discusiones de jurisdicción hasta el mes de febrero del año 1500. De allí dieron la vuelta hacia España por las Azores, Canarias y Madera, aportando a la bahía de Cádiz a mediados de junio de 1500.

Ojeda, que era el capitán de aquellos tiempos, a la vez guerrero y navegante, se traslada a Granada y obtiene una Cédula Real el día 10 de marzo de 1501; otro día, en audiencia con la Reina, consigue autorización para presentar sus proyectos al que era su capellán y obispo de Córdoba D. Juan Rodríguez de Fonseca, y él mismo le negocia unas capitulaciones que fueron aprobadas por los Reyes en Granada el día 8 de junio de 1501. Por el mes de julio ya se halla Ojeda en Sevilla con un despacho real nombrándole gobernador de la isla de Coquibacoa. Allí se asocia con Vergara y Ocampo para financiar otra nueva empresa y salen con cuatro naves de la bahía de Cádiz en los primeros días del mes de enero de 1502. En el curso de esta navegación, llegaron a un lugar el día 3 de mayo, que bautizaron con el nombre de Santa Cruz, donde Ojeda dispuso el comienzo de una fundación, pero los indios le acometieron tan impetuosamente con sus flechas, que tuvo que desplegar a su gente para combatirles, conseguir su sumisión y tributos en oro. Pasado el tiempo y cundido el descontento entre la gente por las menguadas raciones y mucho trabajo, aprovecharon la ocasión para confabularse sus consocios y promoverle un proceso y ha-

cerle ir a la Española con el premeditado propósito de quitarle su participación en los rescates de oro. Una sentencia de primeros de mayo de 1503 dicta la expropiación de sus bienes, pero Ojeda apela a Sus Altezas y consigue que sea revocada en Segovia con fecha 8 de noviembre de 1503. Ya libre, pero sin dinero, solo piensa en allegar recursos para regresar a España, lo que entorpece el gobernador de la Española por medio de comisiones y exhortaciones remitidas a Castilla. Al fin, una orden del Rey, fechada el 5 de octubre de 1504, ordena que no se le ponga ningún inconveniente, y que se pague a todos sus acreedores, ya que Ojeda no lo puede hacer, porque le habían despojado de todos sus bienes.

Hay algún historiador que al mismo tiempo que reconoce la escasez de noticias de este viaje, acepta, sin otras razones, que Alonso de Ojeda pudo volver a España, pero careciendo de testimonios y no siendo la opinión general, parece más verosímil su permanencia en Santo Domingo, cuando le llega una noticia de una dádiva real de doscientos mil maravedís, que tiene por fecha el 15 de noviembre de 1504, y se le hacía en consideración de sus servicios y para ayuda de costos de otra navegación para ir a descubrir por las partes de Coquibacoa, islas de las perlas y golfo de Urabá. Zarpa esta vez, al parecer, con una sola nave y muy poca gente, a principios del año 1505, y a falta de cronista que nos legue sus noticias, se deduce que debió ser poco fructífera esta navegación, porque a fines de verano de aquel mismo año, ya se le encuentra nuevamente ocioso en la Española.

A fines del año 1508 aun continúa Ojeda residiendo en aquella isla, cuando llega su amigo Juan de la Cosa, portando una Cédula de Rey Don Fernando, por la cual se le nombra gobernador del Urabá. Además pone a su disposición dos navíos que ha fletado en sociedad con el bachiller Martín Fernández de Enciso. Parte Ojeda con una de las naves en el mes de noviembre de 1509, dejando la otra en Santo Domingo, para que la lleve Enciso con socorros y refuerzos posteriores. Ojeda cruza la anchura del mar Caribe en cinco días, se interna con sus hombres tierra adentro, y en una emboscada muere Juan de la Cosa con otros setenta expedicionarios. Transcurren los meses sin momento de reposo, porque los indios se muestran muy belicosos; pero mientras les combaten, las fuerzas de Ojeda se dan prisa para construir un poblado sobre unos cerros y una casa a modo de fortaleza. Aquel poblado de españoles, denominado San Sebastián de Urabá, había de ser el primero que se levantara en la tierra firme de Indias.

Con los primeros rescates y cautivos hechos en las refriegas y sus incursiones en los poblados de los indios para procurarse alimentos,

pudo Alonso de Ojeda devolver a Enciso la nave que había llevado consigo, cargada con elementos para procurar la compra de sucesivos cargamentos de abastecimientos, ya que el bachiller Enciso pronto debía ponerse en camino con la mucha vitualla, tiros, escopetas, lanzas, ballestas, munición, trigo para sembrar, doce yeguas y un hato de puercos para criar, que había dejado en la otra nave al separarse en Santo Domingo.

Pasado el tiempo, y no llegando aún los socorros que esperaba recibir del bachiller Enciso, tuvo que seguir Ojeda haciendo incursiones, cada vez más arriesgadas y lejanas para buscar los que necesitaba para alimentar a su gente. En una de aquellas exploraciones fué herido Alonso Ojeda por una flecha envenenada, que le había atravesado el muslo. Dándose cuenta del inminente peligro que corría, se hizo curar aplicando un hierro candente en todo el curso de la flecha para inmunizarle del veneno. Practicada esta dolorosa operación, y tras de una convalecencia que le fuerza a la quietud, Ojeda se desespera porque no le llegan los refuerzos de Enciso, y por su incapacidad de moverse para ir a buscarlos. Es entonces cuando aparece a lo lejos un navío, pero cuando se acerca, se dan cuenta que no es el que estaban esperando, sino otro, robado por Bernardino de Talavera y otros forajidos a unos genoveses para huir de la justicia. Ante el hambre que tenían y las provisiones existentes en aquella embarcación, poco importaban los escrúpulos legales; pronto establecieron sus tratos y se dieron prisa para cambiar los alimentos que traían por los rescates de oro, que estos otros tenían almacenados.

Aquella providencial llegada de provisiones, acalló por una temporada el hambre y las intranquilidades de la gente que Ojeda tenía en su fundación del Urabá; pero la prolongada tardanza en llegar los socorros que debía llevar el bachiller Enciso, y las preocupaciones por asegurar los futuros abastecimientos, decidieron a Ojeda a ir a buscarlos él mismo, aprovechando la nave de Talavera. Llamó a sus oficiales y a los más fieles de sus soldados para darles cuenta de sus propósitos, y para encomendarles la defensa y sostenimiento de su fundación por un período de cincuenta días. Se embarcó pues Alonso de Ojeda en la nave de Talavera, pero como entre su gente no había ningún experto piloto, no supieron afrontar el temporal y fueron a naufragar a tierras muy lejanas de la Isla de Cuba. Careciendo de auxilios, tuvieron que ir costeano a pie días y semanas, atravesando aguas pantanosas, que a veces les cubría hasta la cintura. Por fin llegó un día, después de muchos transcurridos y de haber muerto la mitad de los expedicionarios, que pudieron divisar el primer poblado, donde fueron recibidos ama-

blemente y obsequiados con aves socarradas al fuego, un fruto llamado mango y el succulento mamey.

Los indios de este apacible poblado facilitaron una canoa para, que otro náufrago allí aparecido, llamado Pedro de Ordaz, fuese a Jamaica, donde estaba Juan Esquivel de gobernador. Recibió Esquivel a Ojeda con toda dignidad en la lujosamente amueblada fortaleza que tenía por morada, donde permaneció hasta que tuvo ocasión de trasladarse a Santo Domingo. Cuando llegó allí había pasado ya tanto tiempo, después de cumplirse los cincuenta días que había fijado de plazo a su gente, que ni siquiera pudo encontrar al bachiller Enciso. Lo que sí halló fué una serie de cargos por sus relaciones con Talavera y sus secuaces, y una provisión real del día 5 de octubre de 1511, por la que se mandaba proceder contra Alonso de Ojeda. Gracias a la justicia del letrado Aguilar en el año largo de sus actuaciones judiciales, nada resultó contra Ojeda, pero las malquerencias envidiosas de sus acusadores habían influido considerablemente en su ánimo, y se hallaba desfallecido de espíritu.

Fray Bartolomé de las Casas, escribe en una referencia del proceso de Talavera. «Estuvo Ojeda en Santo Domingo muchos días después de esto, y creo que fué más de un año. Allí dió su declaración en un pleito que sostenían los herederos del Almirante con el Fiscal de la Corona el día 8 de febrero de 1513».

Al decaimiento moral y físico de Alonso de Ojeda, había que agregar el recrudecimiento de la herida de su pierna, resentida por falta de aparejo, durante el prolongado mes que duraron las penosas caminatas a lo largo de las fangosas aguas de la costa cubana.

El mismo famoso historiador escribe también: «al cabo, cuando plugo a Dios que fuesen cumplidos sus días, murió en esta ciudad, de su enfermedad, paupérrimo, sin dejar un cuarto. Expiró en una tremenda soledad, durante el lúgubre invierno del año 1515 a 1516, cuando no contaba más de 45 años de edad. Cuando llegó un fraile franciscano para ayudarle a morir, ya hacía horas que el cuerpo de Alonso de Ojeda estaba muerto, tendido sobre el jergón de su camaranchón.» Mandó que le enterrasen a la entrada, pasado el umbral de la puerta de la iglesia y monasterio de San Francisco.

Así se apagó la vida del único hombre que se destaca con brillo cegador en aquellos primeros días; el único que reúne las condiciones de heroísmo y audacia necesarias para capacitarle como maestro; el que prendió a Caonabó, enseñando a Cortés como apoderarse de Moteczuma, y a Pizarro, de Atahualpa; el hombre, que anticipándose a su verdadera época, llegó demasiado pronto al Nuevo Mundo, limpiando el camino a los que después cosecharon los laureles que él había plantado.

PARTE SEGUNDA

Han sido tantos los historiadores que se han ocupado del hidalgo capitán, que su biografía es en general bien conocida. Precisamente en estos últimos años parece que se han querido reanimar sus recuerdos, dedicándole nuevas publicaciones.

Indudablemente, sus principios, juventud y audacia, le dieron impetuosa para arriesgarse en hazañas temerarias, haciendo interesantes todas sus victorias y exploraciones. Estos amenos atractivos y los éxitos económicos de librería, han debido ser las razones que han movido muchas plumas para escribir con más o menos acierto, extensión y fantasía, las ya de por sí elocuentes e intrépidas heroicidades.

La mayoría de sus historiadores cumplen airoso su cometido, en una sucesiva narración de hechos, dudas y fábulas que, en gran parte, no son más que repeticiones de lo que otros han escrito anteriormente. Así sucede con la fecha y el lugar de su nacimiento, que le fijan entre 1466 y 1470. Hay quien describe su origen, haciéndole hijo tercero de una de las más nobles familias de Castilla la Nueva; algunos otros dicen, simplemente, que nació en la ciudad de Cuenca, pero ninguno de ellos cita el menor detalle como argumento que lo acredite. Lo más sobresaliente del caso es que, en los Archivos de Cuenca, no tienen referencias que sirvan de base para establecer el nacimiento de Alonso de Ojeda, *el fundador de Venezuela*, en Cuenca. Tanto es así, que las noticias logradas en mis investigaciones, han sido las que me han animado a proseguir la trama de este asunto.

Estas noticias tienen su origen y fundamento en dos documentos. Uno de ellos dice: «Sobre la información que me pide acerca del navegante Alonso de Ojeda, he de decirle que he tenido ocasión de encontrar el apellido Ojeda alguna vez, nunca refiriéndose a él, probable que fuesen parientes; en los Archivos parroquiales no hay nada del siglo XV». El otro declara: «Respecto a lo que me interesa le informe sobre los antecedentes históricos del navegante Alonso de Ojeda, he de manifestarle que sólo obran referencias de documentos existentes en protocolos de los antiguos Escribanos públicos, donde insistentemente figura un Alonso de Ojeda; dados los años en que se verificó su otorgamiento, hace suponer fundadamente se refieren a dicho navegante, cuando, a mayor abundamiento, el hecho de su nacimiento ni el de su muerte, se encuentran suficientemente claros. Sin embargo, debo advertirle, que los aludidos antecedentes no son precisamente referidos a fechas y hechos de sus primeros años, sino más bien del transcurso medio y final de su vida».

Los citados párrafos son lo bastante expresivos para permitir el establecimiento de unas esperanzas en consonancia con otros datos mejor cimentados que he podido reunir en el curso de mis investigaciones. Así, por ejemplo, notamos que algunos de los historiadores que dan el nacimiento de Alonso de Ojeda en Cuenca, dicen también que era descendiente de la casa solariega que radicó en OJEDA, merindad de la Bureba, en las montañas de Burgos, pero ninguno dice cómo ni cuándo se le trasladó de una población a otra, ni tampoco a su madre, ya que de muy niño se le encuentra entre sus padres en la casa solariega de OJEDA, en la provincia de Burgos.

Vamos a estudiar minuciosamente los dos documentos referidos anteriormente. En uno de ellos, ya se dice, que las únicas referencias que allí tienen no corresponden a nuestro hidalgo explorador Alonso de Ojeda, sino a otros que pudieran ser parientes. Ante esta declaración tan concisa, que no da lugar a controversia, vamos a ocuparnos del siguiente, y particularmente a los párrafos que dicen: «en documentos de antiguos Escribanos públicos, insistentemente figura un Alonso de Ojeda, y dados los años en que se verificó su otorgamiento hace suponer fundadamente que se refieren a dicho navegante, y que tales antecedentes corresponden más bien al transcurso medio y final de su vida. Según se puede deducir de las anteriores manifestaciones, hubo un Alonso de Ojeda en Cuenca a finales del siglo XV y principios del siglo XVI, dedicado mucho tiempo al desarrollo de asuntos que dieron lugar a la redacción y firma de documentos a los antiguos Escribanos públicos.

Afortunadamente para nuestras investigaciones, en este escrito se concretan unas fechas que corresponden al espacio que media entre el transcurso medio y el final de la vida de Alonso de Ojeda; es decir, desde 1493 a finales de 1515 o principios de 1516. Precisamente son aquellos los años más agitados de su vida, de los que hay abundantes relatos con fechas bien precisas, y gracias a ellos vamos a poder contrarrestar las declaraciones hechas en los párrafos del documento antes citado. Por el contrario, podemos poder demostrar que, nuestro Alonso de Ojeda, el mancebo que salió de la casa solariega de OJEDA en la provincia de Burgos, no pudo estar por aquellas fechas en Cuenca, ni pudo ser el Alonso de Ojeda a que se refieren los documentos. Como argumento concluyente, vamos a describir las cinco expediciones marítimas en que tomó parte, porque ya en ellas invierte veinte de los veintidós años que duró la segunda mitad de su vida, y son como sigue:

- 1.^a Alonso de Ojeda se embarca por primera vez, justo a la mi-

tad de su vida, el 25 de septiembre de 1493 cuando va como capitán al mando de uno de las carabelas de Colón. Regresa a España a finales de 1498 o principios de 1499.

2.^a Permanece Alonso de Ojeda unos cuatro o cinco meses en España, porque a mediados de mayo de 1499, se hace nuevamente a la mar, en el Puerto de Santa María, llevando como piloto mayor a Juan de la Cosa y Américo Vespucio como ayudante. Regresa a la Península, arribando a la bahía de Cádiz a mediados de junio de 1500.

3.^a Vuelve a embarcarse, esta vez asociado con Vergara y Ocampo, saliendo de la bahía de Cádiz a principios de enero de 1509. La permanencia de Alonso de Ojeda en España, ha durado esta vez unos 18 meses; el tiempo que ha necesitado para ir a visitar a su protector el obispo Fonseca, seguir a Granada, celebrar audiencia con la Reina Isabel la Católica, obtener un nombramiento de gobernador de la isla de Coquínabó, expedido en 1501, también un nuevo permiso de exploración, según Cédula Real fechada en Granada el 10 de marzo de 1501, y hacer gestiones para encontrar socios con capital suficiente para financiar la expedición.

4.^a Reanuda sus exploraciones marítimas a principios del año 1505, desde la ciudad colombina de Santo Domingo, donde ha permanecido envuelto en procesos que le han promovido sus consocios para desvalijarle. La acusación y sentencia del licenciado Maldonado es revocada en España y una nueva sentencia dada en Segovia el 8 de noviembre de 1503, se convierte en ejecutoria con devolución de bienes. Como estos ya no existían, porque se les había llevado Vergara, Ocampo y el licenciado Maldonado, tiene que resignarse Alonso de Ojeda a permanecer en Santo Domingo hasta que le llega una dádiva real, fechada el 15 de noviembre de 1504 y una subvención de la Casa de Contratación. Al acabarse sus recursos a finales del año 1505, vuelve nuevamente a Santo Domingo para permanecer otros dos años.

5.^a Sigue Alonso de Ojeda en Santo Domingo cuando recibe la visita de su amigo Juan de la Cosa, que llega de España llevándole el nombramiento de gobernador de Urabá firmado por el rey Don Fernando en el año 1508. Entre Juan de la Cosa y el bachiller Martín Fernández de Enciso organizan una nueva expedición bajo el mando de Alonso de Ojeda y solamente dos naves. Alonso de Ojeda parte con la Cosa en una de las naves y deja la otra para que la lleve posteriormente el bachiller Enciso cuando sea necesaria la reposición de socorros. Este viaje da principio partiendo de Santo Domingo el día 10 de noviembre de 1509 para ir directamente a su fundación de San Sebastián del Urabá. Tampoco regresa Alonso de Ojeda de este viaje a Es-

pañá, ni directamente a Santo Domingo, porque un naufragio, después de varios años, le hace ir a pie costeando por la isla de Cuba, pasar a Jamaica donde le ayuda Esquivel, y al fin arribar a Santo Domingo. Es allí y el día 8 de febrero de 1513, cuando Alonso Ojeda presta unas declaraciones en un pleito entre los herederos del Almirante y el Fiscal de la Corona, según los escritos que nos ha dejado fray Bartolomé de las Casas. También, según él, allí murió a los 45 años de edad durante el invierno de 1515 a 1516.

Por estas cinco expediciones, hemos visto que Alonso de Ojeda estuvo veinte años ausente de la Península y que los otros dos años de residencia, fueron en dos ocasiones distintas y de mucha actividad, porque tuvo que ir a Sevilla, Córdoba y Granada; celebrar audiencia con la Reina; entrevistarse con su protector; obtener licencias de navegación, barcos, pilotos, tripulaciones, bastimentos, animales de recría, semillas, y, sobre todo, dinero, que es lo que siempre le faltaba.

Por esta relación fácilmente puede comprobarse que nuestro hidalgo Alonso de Ojeda no tuvo tiempo para ir a Cuenca, y mucho menos para entretenerse en el planteamiento de asuntos, que dieran lugar a los documentos existentes en protocolos de los antiguos Escribanos públicos. Si no tuvo tiempo para ir a Cuenca ¿cómo pueden tomarse en consideración las citas del documento antes citado como correspondientes a nuestro hidalgo capitán Alonso de Ojeda? Fuerza es reconocer que se trata de otra persona del mismo nombre y apellido. Y no debe sorprender esta coincidencia, porque en el curso de estas gestiones se han encontrado:

1. Un Alonso de Ojeda (de Mendoza) historiador del siglo XVI, que registra la Enciclopedia Espasa, autor de un libro titulado «La Conquista de Nueva España».

2. Otro Alonso de Ojeda, primo hermano de nuestro hidalgo navegante, que vivió por sus mismos años, aunque de mayor edad, que fué un reputado religioso.

3. Otro Alonso de Ojeda, de la misma familia y origen, con el nombre de Pedro, que fué notario y familiar del Santo Oficio.

4. Otro Alonso de Ojeda, hermano de nuestro biografiado, que registra el caballero citado anteriormente, como el otro mancebo que también salió de la casa solariega en OJEDA.

5. Otro Alonso de Ojeda, que figura en el Catálogo de Pasajeros de Indias, del Archivo General de Indias, como embarcado el 29 de marzo de 1538, y, finalmente,

6. Otro Alonso de Ojeda, hijo de Hernando Ojeda y de María de Atienza, vecinos de Cuenca, que figura en el tomo I, página 194,

del mismo Catálogo, como embarcado para América el día 10 de septiembre del año 1513.

Suficientemente rebatida la suposición expuesta en el precitado documento, vamos a referirnos al último de los seis Alonsos de Ojeda para encontrar en él al posible causante de las erróneas atribuciones del nacimiento en Cuenca que citan algunos comentaristas. Y por si acaso, aun cupiera alguna duda, y se quisiera pensar que éste citado en sexto lugar pudiera ser el nuestro, diremos que no es posible confundirles, porque nuestro Alonso de Ojeda, el navegante que hizo su primer viaje en la segunda expedición de Colón el año 1493, se hallaba por entonces en Santo Domingo, enfermo de la herida que le había atravesado el muslo un dardo emponzoñado; allí había prestado declaración en un pleito en el año 1513, y, sin salir de allí, murió durante el invierno de 1515 a 1516.

Hemos aceptado para su consideración y controversia cuantas suposiciones y posibilidades se nos han presentado para la atribución del nacimiento en Cuenca, de Alonso de Ojeda; todas ellas han sido razonablemente rebatidas, oponiendo hechos y justificaciones históricas. Ahora, probado ya que el mancebo que salió de OJEDA, en la provincia de Burgos, no fué conquense, sino burgalés, queremos aducir unos últimos argumentos que refuerzan este aserto, y que son los siguientes:

1.º Por la existencia de la casa solariega de hijosdalgo conocida por el nombre de «Torre de los Infanzones de Ojeda», sita en el lugar de Ojeda, en la provincia de Burgos.

2.º Por la concreta declaración de Don Pedro Alonso de Ojeda, fiamar y notario del Santo Oficio, hecha el 22 de agosto de 1621, en la que dice ser descendiente de la casa solariega sita en OJEDA, como también lo eran dos mancebos que de allí salieron, uno de los cuales vino a ser general en la carrera de Indias.

3.º Por ser varios los historiadores que citan pormenores de la niñez de Alonso de Ojeda al lado de sus padres en la casa solariega de OJEDA, mientras no lo dicen de Cuenca.

4.º Por la declaración de muchos historiadores que precisan su nobleza y desdendencia de la casa solariega en OJEDA (Burgos).

5.º Por la declaración que hace una oficina de un Departamento oficial de Cuenca, que dice: . . . cuando a mayor abundamiento, el hecho de su nacimiento, ni el de su muerte, se encuentran suficientemente claros.

6.º Por la constante y reconocida protección del Patriarca de las Indias Don Juan Rodríguez de Fonseca, debida a la influencia de su primo hermano el inquisidor fray Alonso de Ojeda.

7.º Porque los dos únicos registros de nobleza de Alonso de Ojeda en el Catálogo de Hijosdaldo en la real Chancillería de Valladolid, tienen su residencia en Oña y en Poza de la Sal, poblaciones muy próximas al lugar de la casa solariega.

8.º Por la sospechosa omisión de datos respecto a ascendencia noble, familia y lugar en la «Crónica de la provincia de Cuenca», original de D. Pedro Pruneda, como sucede con los demás autores, que dicen haber nacido en Cuenca Alonso de Ojeda.

Sentadas las bases fundamentales que nos prueban el nacimiento del hidalgo capitán Alonso de Ojeda en la provincia de Burgos, agregando otro héroe más a la lista de los preclaros varones con que se ennoblece la historia de los burgaleses ilustres, voy a tratar de completar sus memorias y las de alguno de sus familiares, aportando otros datos recogidos en mis investigaciones y excursiones, que no figuran entre los comentarios y biografías publicados.

En los treinta años que mis aficiones me han llevado a correrías por la provincia de Burgos, siempre en compañía del modesto y esclarecido maestro el Cronista de la Provincia, Don Luciano Huidobro, fuimos una vez, y después otras, a un pueblecito muy pintoresco de la región frutera burgalesa, que se llama Quintanaopio. De allí, metiéndonos por un vallejo insignificante pero rebosante de vegetación, entre peñascos, arroyos y pinares llegamos a un caserío apretado que se recuesta en la pendiente de una empinada roca, en cuya cumbre se yergue la diminuta iglesia del pueblo de Ojeda.

Nuestro acompañante, muy aficionado a las investigaciones históricas y artísticas, uno de los más simpáticos curas rurales, Don Heliodoro Albilla, quería mostrarnos una de las originalidades más atractivas en los panoramas regionales. En efecto, lo había conseguido, porque ni en menos sitio puede amontonarse el caserío y arbolado de un vecindario, ni en menos espacio, conservar el equilibrio las paredes y espadaña de una iglesia. Aparte de esta perspectiva que se silueta en el horizonte como un nido de cigüeña, no había otra cosa de notable, más que la rusticidad del lugar, las amabilidades de sus moradores, las ruinas de una casa solariega y la historia primitiva de la noble familia Ojeda.

El Sr. Cura, persona cultísima y sencillamente amena, influenciado sin duda por el ambiente tradicional de venerables ancianos, que tantos años respiraba, nos fué mostrando algunos de los recuerdos que aun quedaban por aquellos alrededores, y de paso, nos relataba datos complementarios de las leyendas que conservaba en el archivo de su memoria privilegiada.

Recopilando aquellos datos; los de otro investigador con apellido Ojeda residente en Barcelona y agregando el resultado de particulares averiguaciones, se ha podido saber, que en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, figura un escrito del cronista Alfonso Guerra Sandoval, en el que se dice: «Los del linaje y apellido Ojeda, son de muy buenos y antiguos hijosdalgo naturales de las montañas de Burgos, en donde tienen su primitiva casa y solar infanzonado en el lugar de Ojeda, jurisdicción de las Caderechas. Que su primer fundador fué el Conde Suárez Goter, el cual fué muerto alevosamente y floreció en el reinado de Fernando I de Castilla y de León». Que la casa solar de Alfonso y Ojeda, está separada de las demás con sus fortificaciones, troneras, almenas y con sus dos puertas y las armas. Que los Ojedas tienen asiento preeminente al lado del Evangelio en la parroquia de San Lorenzo en la Villa de Ojeda. Que en una información testifical hecha el día 20 de Agosto de 1621 en el lugar de Ojeda, se habian hallado dos torres caídas que eran de dos hermanos infanzones de Ojeda y que las dichas casas han sido solariegos de hijosdalgo y que por tales son habidos y tenidos todos los descendientes de ellas y de dicho apellido. . . Que son y han sido de la gente más principal y más limpia cristiana vieja de todas estas partes. Que en Cantabrana, distante media legua del lugar de OJEDA, residía en Agosto de 1621 el familiar y notario del Santo Oficio Don Pedro Alonso de Ojeda, descendiente de la casa y familia de Ojeda, que es en el lugar de OJEDA, de donde también habían salido dos mancebos, y que uno de ellos vino a ser general en la carrera de Indias. Posteriormente, al hacerse otra visita a OJEDA el 16 de Mayo de 1634 para su expediente de pruebas de nobleza, existía una torre y casa y encima de su portada de cantería estaba un escudo de armas en tres cuarteles. El primero tenía por armas cinco hojas de yedra; el segundo sierpe recamada y conchada con una espada en la boca y un brazo de hombre que la tiene asida, y abajo un castillo real almenado sobre olas de mar con una encina o roble a cada lado y encima del dicho escudo una celada con muchas plumas que la adornan, y en la parte de abajo hay un letrero, que dice: «Esta torre fundada en la muy noble y antigua casa de Ojeda y Alonso, reparó y edificó el muy noble y honrado caballero Juan Bautista de Ojeda y Alonso descendiente y señor de esta casa infanzona y solar, alcaide de la villa de Teba.

En el Archivo Histórico Nacional de Madrid, figura entre los legajos o pruebas de los caballeros que han vestido el hábito de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa (Ordenes militares de nobleza), OJEDA VERDUGO y ABARCA de VALLEJO (Bernardo de), Caballe-

ro del Hábito de San Juan, Colegial del de los Caballeros Manriques de Alcalá, y Familiar y Alguacil mayor de la Inquisición de Sevilla. — Sevilla año 1637. — Número 1087, la siguiente genealogía: Padre, Hernando de Ojeda (también OXEDA y Hoxeda), Oydor del Consejo de Hacienda de S. M., natural de Teba. Abuelo: El Alcaide Juan Bta. de Ojeda, vecino de Teba, natural de OJEDA, etc. (entre aquellos papeles hay el nombramiento de alguacil mayor de la Villa de Teba para el Santo Oficio, en que se dice:atendiendo a los muchos y buenos servicios que vuestros ascendientes y otras personas de vuestro linaje han hecho al Santo Oficio de la Inquisición desde que se fundó en España y en particular a los del Padre Maestro Fray Alonso de Ojeda de la Orden de Santo Domingo, primer Inquisidor de Sevilla y de los Reinos, hermano de Fernando Alonso de Ojeda, vuestro Revisabuelo... (en el folio 15, aparece: Naturaleza de Juan Bta. de Ojeda, abuelo paterno, en martes 30 de marzo de 1637, llegamos al lugar de OJEDA, en la montaña de Burgos, valle de Caderechas, Merindad de la Bureba.—Testigo primero, Pedro Alonso de Ojeda, Escribano del Rey y Familiar del Santo Oficio, natural de Cantabrana, dice que hará más de 70 años que salió de esta tierra a la guerra de Granada, con Hernando y Manuel de Ojeda, pretendiente al hábito de Alcántara; Manuel fué a vivir a la Mancha, donde hizo sucesión, el Juan Bta. fué a la villa de Teba. Este reedificó la torre Infanzona, como señor que es de ella e hizo una capellanía en aquella iglesia que hoy sirvs el Licenciado Pedro Alonso de Ojeda, primo hermano del padre del que declara. Que un hermano de Fernando (llamado también Hernando) bisabuelo paterno de dicho oidor, padre del pretendiente, fué fray Alonso Ojeda, de la Orden de Santo Domingo, primer Inquisidor, enterrado en la Capilla que tienen los Ojedas en San Francisco de Teba. Más adelante, en el folio 19, dice otro testigo. El padre del Alcaide de Toba, Juan Bta. de Ojeda, se llamó Fernando Alonso de Ojeda y se fué a vivir a la Mancha a gobernar el Estado del Señor de Valverde y allí murió, porque por los CEBALLOS ha oído decir era deudo de los señores de Valverde ..

Del mismo expediente anterior, en el folio 15 vuelto: «... y la Casa solar es tan antigua que a más de trescientos años que es casa de las más nobles y antiguas de la Montaña, que tiene tanta autoridad que a los descendientes de ella los llaman los Infanzones y que hay fama que es casa desde tiempos del Conde Fernan. González». (Testificaciones del año 1637).

Como ya he dicho al comenzar, aun quedan vestigios de una de las torres, y aunque en período de inminente desmoronamiento, sirve para mostrarnos su excelente situación sobre una eminencia del terre-

no. Yo quisiera aprovechar la ocasión para solicitar de la Excelentísima Diputación Provincial que se ocupe de restaurar esta torre para prolongar su existencia y procurar su conservación para muestra y orgullo de su importancia y nobleza. También quisiera rogar a mi buen amigo D. José Luis Monteverde que haga las gestiones pertinentes para que sea incluida en el Gatálogo de los Monumentos Nacionales.

Finalmente, y como epílogo de estas memorias, voy a repetir las propias palabras de Alonso de Ojeda al desembarcar en 1509 en el golfo de Urabá y enfrentarse con los indígenas:

«Yo, Alonso de Ojeda, criado de los muy altos y poderosos soberanos de Castilla y de León, os notifico, que Dios nuestro Señor, que es único y eterno, creó el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de los cuales, vosotros y yo, y todos los hombres que han sido y serán, descendemos.

GONZALO MIGUEL OJEDA